

CAPÍTULO XXXI

INTERVALO LÚCIDO Y MOMENTO DE PRUDENCIA.

LOS DISCRETOS: LUPERCIO LEONARDO, ALONSO DE BARROS.
DOS AMIGOS: PEDRO DE ISUNZA, D. ESTEBAN DE GARIBAY.

En los lúcidos intervalos de su casi crónico desvarío, ha tenido España cien ocasiones de rehabilitarse y salir con bien y prósperamente de la mala situación á que la habían conducido su exceso de generosidad y su escasa constancia. Según iba acercándose Miguel á los cuarenta años, comprobaba esto día por día. Permanente era aquí la demencia inútil, epidémico y pasajero el raciocinio provechoso. En un punto surgía alborotada una floración lozana y espléndida de buenos propósitos, nacidos para agostarse en breve espacio; á la tarde, los buenos propósitos huían con el sol á otros climas, tras haber durado justamente lo que los razonamientos cuerdos de Don Quijote.

Abandonado estaba de nuevo el Mediterráneo á la piratería turca, sin que nadie se acordara, poco ni mucho, de los cautivos de Argel, ni de los males infinitos consiguientes á la inseguridad en el mar Nuestro.—¿Para qué perdí yo esta mano? ¿Para qué estuve cinco años en el cautiverio?—pensaba entre sí Cervantes muchas veces. Y luego, acordándose de Portugal y de la reciente gloria de las Azores, pensaba en la angustia y sobresalto que había visto en los rostros de los nautas regresantes de Indias á Sevilla, porque el Océano estaba asimismo abandonado á la piratería inglesa. Miguel se acordaba del señor Don Juan, ya difunto, y le tenía por bien muerto, puesto que su heroísmo había resultado infructuoso; luego, acudía á su memoria la imagen del admirado

y temido Marqués de Santa Cruz, y aún abría el pecho á la esperanza.

Como ya había visto por su personal experiencia que nada valen las glorias si no acarrear un poco de tranquilidad, no le persuadían gran cosa los ruidosos triunfos que en Flandes lograba un día y otro aquel bravo capitán pamesano Alejandro Farnesio, á quien conoció en el desembarco de Navarino. ¿Qué era lo más que en Flandes podía ganarse comparado con lo que el mar nos llevaba un día y otro? Y Miguel, quizás antes que ningún otro político español, miraba á España como lo que es: una nave que tres mares azotan y que ha menester muy expertos navegantes que sepan conducirla y no dejarla escorar de un lado ni de otro.

Así lo entendía Don Alvaro de Bazán, aquel gran político y gran guerrero, mal pagado y peor agradecido, como todos los hombres ilustres de su época. Y si no pensaba como él, como él sentía el pueblo, para quien no era dudable la necesidad de fuerte y poderosa escuadra que combatiera á los turcos en el Mediterráneo y en el Atlántico á los ingleses. Mayor era, si cabe, el odio contra el hereje inglés que contra el mahometano. Ya no escandalizaba los pueblos el pasado grito de: «¡El turco baja! ¡Baja el turco!», sino aquel otro más temible, que aún se conserva en algunos pueblos de España como voz de coco y espantachicos: «¡El inglés viene! ¡Viene el Drake!»

No había entonces periódicos que comunicasen las noticias políticas y guerreras; mas, por lo mismo, la curiosidad era mayor y las nuevas corrían aumentadas. El malestar que la inseguridad de los mares producía se notaba en todas las casas, corría por ventas y mesones, penetraba hasta en los lugares más apartados. Hoy sale de San Petersburgo un hombre cargado de ideas y de informaciones, se mete en el tren, atraviesa Europa en cuatro días, y en ese tiempo, recluso en la celda del *sleeping-car*, no comunica á nadie la parte más mínima de su cargamento espiritual. En tiempo de Cervantes salía el personaje más reservado y secreto de Madrid á Sevilla, y eran tantos los incidentes, las paradas y los lances del camino, que con dificultad llegaba á su fin sin haber

hecho por ventas y mesones una desparramadera de noticias sueltas, ideas y propósitos que pronto prendían en la yesca de la curiosidad.

Así se comprende que hasta en los pueblos más apartados de la Mancha y de Extremadura fuera creciendo inconsciente, pero terrible, el odio á los ingleses, y que en la Mancha el nombre de Ana Bolena ó *Nabolena* fuera popular símbolo de las más horrendas liviandades, y nombre que se dió en Toledo y en toda catedral ó iglesia donde hubiese tarasca para salir en la procesión del Corpus Christi, á la figurilla alegórica de la Lujuria que, cabalgando el horrible espantajo, se muestra. Curas y frailes, con sus predicaciones, encendían más en el ánimo de la gente ignara el odio contra los ingleses, y el pueblo, que no distinguía de colores, aborrecía á Isabel tanto como Felipe II mismo, y creía tal vez que la Reina virgen era otro monstruo de perversión, no ya semejante á la trivial *Nabolena*, sino á la horrenda tarasca, y, como ella, se tragaba y engullía hombres, barcos, dinero, todo aquel inagotable vellocino de oro que la imaginación española supuso había de venir de las Indias en pago á nuestro acierto de descubrir y cristianar tan remotos continentes.

Volvían de allí algunos indianos ricos y otros muchos pobres pelgares, en ellas se quedaban muertos ó vivos, pero de éstos no sesabía nada, pues no estaban los tiempos (como tampoco lo están hoy), para repatriar á los miserables. Naturalmente, quien regresaba de Indias contaba los peligros que corriera, hiperbolizaba los robos de los ingleses y acrecía en su auditorio la inquina contra Inglaterra.

Llegó un momento en que, condensándose todos estos odios y coincidiendo en sentirlos Rey y pueblo, cada cual por sus razones ó motivos, se volvieron todos los ojos á Don Alvaro de Bazán, quien durante este tiempo no había dejado de hacer cálculos y sumar cifras. Cuando el Rey se dirigió á él, ya Don Alvaro, el noble y admirable viejo, tenía todo proyectado para la reunión de una escuadra que Rey y pueblo, llenos de escurialense fe, bautizaron con el nombre de *la Invencible*. Quijotesco era el nombre y también lo era el intento.

Miguel, al saber estas noticias, se acordó un rato de los molinos de viento, pero su fé en el general que había de dirigir la empresa se impuso á sus dudas. Aunque humilde, también él había de tener parte en la victoria, puesto que ya estaba recomendado y casi seguro de conseguir una plaza de comisario para la provisión y abastecimiento de las flotas que en Andalucía se reuniesen. La nueva locura tenía visos y vislumbres de gran prudencia. Felipe II poseía esa convicción que muchas veces embarga nuestro ánimo cuando vamos á jugar una carta decisiva en nuestra existencia y que nos impulsa á poner en la suerte una confianza que para mejor empleo debíamos diputar.

Cerca de los cuarenta años, Miguel no pensó ni un momento en volver á las armas, por mucho que le halagase el verse de nuevo á las órdenes de su querido Don Alvaro. La época heroica había terminado para él. Las letras, donde había conseguido cuanto renombre podía esperar, no satisfacían del todo los anhelos de su vida. Tenía aún en el corazón sobrada energía para avenirse á vivir como hidalgo de pueblo en el solar de su mujer doña Catalina, pero no cabe desconocer que, al mismo tiempo, hallándose en Esquivias, el sentir bajo sus pies tierra que alguna vez pudiera llamar suya, debió de influir un tanto en su ánimo.

Quien no ha sido propietario nunca y lo es de repente, adquiere, con la sensación de la propiedad, una porción de espirituales y portentosos dones de discreción y mesura, de calma y clarividencia mundana que jamás alcanzarán los simples azotacalles, los meros poetas que no tienen más que su lira ó los soldados rasos que no han sino su espada al cinto. No quiere esto decir que las ideas de Miguel fuesen haciéndose conservadoras, como diríamos hoy. No: Miguel siempre amó el camino, el viaje, la variedad de la vida ambulatoria. Pero Miguel, en este tiempo en que ganó dinero con sus comedias y en que vió su nombre respetado y alabado y en que pudo algún día, no muchos, dormir la siesta en Esquivias, á la sombra del huerto de los perales, que había de ser suyo, formó, no para siempre, sino para algunas temporadas, un ideal de vida horaciana, sosegada y prudente de la que son arquetipos el caballero del Verde Gabán y su familia.

Junto á su mujer doña Catalina, junto á su cuñado Francisco de Palacios, sus ideas fueron modificándose, ahormándose y no diré que aburguesándose, por horror de esta palabra. El clérigo administrador Francisco de Palacios fué uno de los precursores de la burguesía rural moderna: su cuñado Miguel, no, ni acaso doña Catalina de Palacios, aunque hubo en la vida de ella instantes de titubeo y de mezquindad, momentos de rebelión contra las quijotescas salidas que siempre tuvo su impenitente marido.

Gozaba Miguel á ratos, en las cercanías de la cuarentena, el blando y dulce halago hespérico de la tranquilidad de los campos silenciosos y de la relativa seguridad del mañana, goce antes por él no catado, pero de repente el alma del héroe que había estado en Lepanto se rebelaba, oliendo el aire y el tamo del camino y se encabritaba, briosa y alegre y ¡adiós propósitos de horaciana ventura campesina! ¡adiós, églogas de Virgilio y versos de Garcilaso!

En esta temporada de prudencia y sosiego, su suegra y su cuñado, que nunca hasta entonces tuvieran gran confianza en aquel militar poeta cuyas palabras ellos muchas veces no entendían, comenzaron á apreciarle como hombre prudente y de un razonar práctico y profundo y entonces se hizo efectiva la promesa de dote, en Esquivias, ante Alonso de Aguilera, el 9 de Agosto de 1586. Tal documento prueba que la confianza iba estableciéndose entre la tiesa familia de los Palacios y Cervantes, quien supo ganarla con sus razonamientos, tan atinados y sensatos como los de Don Quijote cuando no le tocaban al asunto de las caballerías.

Casi seguro es, que por esta época se había desengañado un tantico Miguel del trato de los escritores á quienes poco antes conociera: enteramente desazonado con Lope el mozo, separado de Pedro de Padilla por la reserva que el hábito de éste imponía, un poco aburrido de las bromas del maldiciente Espinel, que, á la verdad, aunque muy amigo de Cervantes, siempre tenía no poco de *Zoilo*, acogióse Miguel á nuevas amistades de más graves sujetos, no porque fueran más ancianos todos, sino por su temple y condición.

De estos fueron cierto Lupericio Leonardo de Argensola, caballero aragonés, que andaba por la corte, en muy aristocráticos tratos, enamorado sin locura, agudo sin demasía, elegante sin pretensión, poeta latinizador y moralista, como un Horacio, pero como el Horacio que cabía en la estrecha grandeza ó en la cohibiente anchurosidad del Escorial. Lupericio Leonardo fué desde luego amigo de Miguel, aunque no le contentasen á ratos los que él juzgaba sus excesos: toda su vida le tuvo buena voluntad, pero claro está que una voluntad horaciana, también, sin pasión ni sacrificio.

Era Argensola un académico anterior á todas las Academias y por la amistad, más que por la afición, parecen dictados los elogios de Miguel á las tragedias altisonantes y huera que Lupericio escribió: *La Isabela*, la *Alejandra* y la *Filis*. Este Lupericio, aunque muy joven, era de esos mozos á quienes gusta lucirse ante los de su edad, mereciendo de paso las alabanzas de las personas mayores. Concurrió á la *Academia Imitatoria*, establecida en Madrid en 1586, á imitación de algunas de Italia y en ella usó el nombre arcádico de *Bárbaro*, que era el de su novia, después su mujer, doña Mariana Bárbara de Albión. Los veintidos ó veintitres años de Lupericio Leonardo parecían más viejos que los treinta y nueve de Cervantes. Quizás á alguna reunión de la tal Academia, donde se leían epístolas y sátiras en tercetos endecasílabos, se forjaban sonetos y glosas y se murmuraba discretamente sin ultrajar á nadie, asistió Miguel con su amigo Juan Rufo, que era asiduo concurrente á ella.

Allí debió también de tratar á otro templado y mesuradísimo ingenio, nacido en Palacio, como quien dice, pues su padre Diego López de Orozco era de la cámara del Emperador Carlos V, y su madre doña Elvira de Barros le crió y educó para palaciego, llegando á hacer que fuese nombrado aposentador de Felipe II: ingenio devoto de las damas y de la religión, autor de un libro *Perla de proverbios morales*, que gustó mucho á los señores y señoras de edad de su época. En los días de la Academia Imitatoria andaba Alonso de Barros corrigiendo las pruebas de su *Filosofía cortesana moralizada* y, al conocer á Cervantes, le pidió

un soneto de elogio para su libro. El soneto es como de Cervantes, que en toda ocasión supo hablar el lenguaje conveniente al sujeto que trataba. Decidme qué mayor elogio podía pedir un caballero de la corte sino estos versos.

El que navega por el golfo insano
del mar de pretensiones verá al punto
del cortesano laberinto el hilo.

Felice ingenio y venturosa mano
que el deleite y provecho puso junto
en juego alegre, en dulce y claro estilo.

Lupercio Leonardo de Argensola y Alonso de Barros eran en la Literatura los representantes del intervalo lúcido español y por eso quizás los apreció tanto Miguel en aquella corta sazón de sus prudencias y en sus primeros días de propietario.

Es muy probable que también entonces conociese Miguel á un hombre que después había de ser grande amigo suyo, y cuyas ideas conviene apuntar. Era un hidalgo cuarentón, nacido en Vitoria, hijo de Juan Martínez de Isunza y de Doña Ana de Lequeitio.

Llamábase Pedro de Isunza. Su padre, Juan Martínez de Isunza, es el primer tipo claro y genuino de la burguesía adinerada española, especie de segunda aristocracia del dinero, criada en las oficinas de los señores grandes, recriada en las pingües covachuelas de la nación, enriquecida en las contratas de suministros para el ejército en tiempo de guerra ó en las de servicios públicos arrendados en tiempo de paz. Juan Martínez de Isunza y su hijo Pedro, por muchos estilos, parecen hombres del siglo XIX. Son dos bascongados listísimos, allegadores, grandes amigos de sus amigos y de la ganancia, francos, generosos y calculistas á un tiempo. En su troquel se han acuñado los grandes capitalistas españoles, venidos casi siempre del Norte positivo, y tal vez de las tierras de Andalucía, donde quedó sangre de judíos y más aún de genoveses y de florentines. Jamás salió un hombre de estos en la mística tierra de Castilla, donde nacían los guerreros y los santos.

Juan Martínez de Isunza había sido Contador general de la casa del Duque de Alba, quien, conocedor de sus talentos adminis-

trativos, le empujó á prestar sus servicios al Estado. Fué luego proveedor de los ejércitos de Flandes. En esa tierra comerciante é industrial por excelencia, se esparció el ánimo y se repletó el bolsillo de Juan Martínez de Isunza. La riqueza y el mercantilismo de Amberes le entusiasmaron. Llevóse allí para conocer prácticamente los secretos todos del comercio marítimo, á su hijo Pedro. Desde muy mozo, Pedro de Isunza estuvo al tanto de cuantos riesgos, eventos y probabilidades de ganancia ofrecían el mar y los barcos. Allí aprendió á conocer el comercio del mundo, del que los muelles de Amberes eran el emporio. Allí se desarrolló enormemente el talento de Pedro de Isunza y se acendró su patriotismo, puesto que nunca dejó de ser vecino de Vitoria, á donde venía con frecuencia.

Desconfiado de todo arranque súbito amoroso y sabedor de la ligereza de las mujeres de carnes rosadas y rubias crenchas, á quienes conoció tal vez como las pintó Rubens, se casó con su sobrina Doña María, hija de su hermano Martín, á la cual fué á buscar en el recato y sosiego de Vitoria. Hacia 1580 se trasladó á Madrid, donde estableció su casa de comercio. En 1585 ó 1586 debió de conocerle Cervantes, y no cabe dudar que Isunza, con el golpe de vista y conocimiento de la humanidad, propios de un hombre de mundo y de negocios, comprendió cuán útil podía serle aquel hombre, cuyos servicios aprovechó después.

En Amberes había conocido Isunza á un hidalgo de Mondragón, en Guipúzcoa, llamado D. Esteban de Garibay, el cual iba allí á imprimir un libro suyo, muy voluminoso, la *Crónica general de España*, en la imprenta del memorable y escrupulosísimo Plantino. Allí se encontraba también el omnisciente varón Benito Arias Montano, levantando con calma y con la ayuda de Plantino el formidable monumento de la *Biblia Políglota*, gloria de España y Escorial de nuestra erudición.

Garibay é Isunza se hicieron grandes amigos, como paisanos y hombres de semejante condición, si bien el talento que Isunza consagraba á los números lo dedicaba por entero Garibay á las fechas y á los hechos de la Historia Universal y de España, siendo no menos reparón y minucioso Garibay en sus cuentos que

Isunza en sus cuentas. Establecidos ambos en Madrid en 1585, de conocer Miguel á Isunza, conoció también á su amigo y cliente el cronista y quizá á su mujer la señora doña Luisa de Montoya.

Garibay era hombre rico y trabajaba, porque su espíritu curioso le impelía á ello. En aquel año 1585, y gracias á la amistad y protección del secretario Juan de Idiáquez, que había sustituido á Antonio Pérez en la cámara del Rey, logró Garibay considerables auxilios y grandes atenciones del Monarca, bien poco pródigo en una y otra cosa. Dígase con toda sinceridad que no tenía D. Esteban de Garibay talento ninguno de escritor, ni más dote apreciable que la de ser hombre curioso hasta la exageración y un tanto amigo del orden, como protesta contra el barullo y enmarañada frondosidad que en las precedentes Crónicas de España advertía; pero esta cualidad de hombre de orden que le hizo componer una Crónica más, por donde no pasa ni el bravo aliento épico de las antiguas, ni la elevada filosofía del gran Padre Mariana, para quien los hechos ofrecían el desarrollo de un plan providencial y dejaban entrever superiores leyes históricas, valió á don Esteban de Garibay el aprecio de la manada de sesudos que acababa de salir como en un paréntesis de nuestra historia.

Admiraba Garibay á su amigo Isunza *por ser muy cuerdo y sin vicio y exceso alguno*, y estimaba grandemente Isunza á Garibay por estas mismas cualidades, tan propias de la raza eúscara, y además porque para los hombres de negocios no hay ocupación más útil y agradable, fuera de las Matemáticas, que la Historia, donde se saben los casos pasados y se adquieren experiencias útiles para la vida y aprovechables en tratos y contratos. Nos imaginamos muy bien que Miguel de Cervantes, llegado á un punto de juicio y formalidad que nunca esperó de sí mismo tal vez, tratase con verdadera estima á sus dos amigos bascongados. Es muy posible, y aun probable, que por recomendación de alguno de ellos lograse el nombramiento de comisario que en los últimos días de 1586 le fué otorgado por comisión del proveedor general de la flota D. Antonio de Guevara, á quien representaba en Sevilla, mientras él se trasladaba desde Segovia, donde tenía

su casa y bienes el alcalde de la Real Audiencia sevillana D. Diego de Valdivia.

El informe ó relación que el Marqués de Santa Cruz presentó al rey enumerando los recursos necesarios para poner en movimiento la Armada Invencible, insistía repetidamente y con mucho pormenor en la necesidad de acopiar gran cantidad de trigo para elaborar enorme provisión de galleta ó bizcocho, pues no se podía prever cuánto tiempo había de pasar la escuadra en los mares. El tiempo urgía, y como D. Antonio de Guevara, anciano y achacoso, habituado á la calma remolona del Consejo de Hacienda, tardaba en hacer sus preparativos para trasladarse al atareado y trafagoso puesto de Proveedor general, y, por otra parte, no veía claro cómo iban á arbitrarse en poco tiempo tan grandes recursos, cual requerían aquellas extraordinarias compras de trigo y otros víveres, tuvo el licenciado Valdivia que comenzar á hacer los acopios bajo palabra y sin dinero, ni esperanzas de tenerlo hasta Dios sabía cuándo. No ignoraba nadie que las provisiones se cobrarían tarde, mal y nunca, según costumbre añeja en los pagos del Estado español. En estas condiciones recibió Miguel su nombramiento para el cargo más odioso, difícil é ingrato que había de desempeñar en su vida.

En los primeros días de 1587 llegó á Sevilla. La Giralda seguía sonriendo á su prudencia presente, como había sonreído á su pasada locura.